

Noaj, N°. 11, julio de 1996

RELATOS

- Satz, Mario. La herencia de Yoshúa, p. 34
- Hardan, David. En un día del Perdón, p. 35
- Zalko, Nardo. La guerra por dentro, p. 37
- Najenson, José Luis. El discípulo de los asesinos, p. 43





La herencia de Yoshúa

Mario Satz

LE pusieron ese nombre, Yoshúa, el Sanador o Salvador, para que algo de aquel desastre siniestro, de ese bastión de libertad y ara de sacrificios que fue más tarde el Ghetto de Varsovia en su levantamiento contra el horror nazi, perdurara. Niño aún, conoció el fuego, las cien caras del dolor y la única de la muerte; el pavor y la belleza, la depresión y la furia; el heroísmo y la cobardía. La voz del que clama, la del que maldice, la de quien llora y, por boca de su padre, la de quien bendice.

—Toma, Yoshúa —le dijo, un minuto antes de que sacaran a su hijo del horror, con el rostro sereno pero pálido—. Es lo único que puedo dejarte en herencia. Son tu escalera al cielo, tu escala musical, tus especias fonéticas, tus amigas ancestrales, tus sílabas de luz, tus fonemas de maravillas, tus signos de apoyo, tus muescas de identidad, la tabla de tus elementos anímicos y los sonidos más hondos del universo. No es un regalo de gran valor material pero materializa, ni es tampoco grande pero descubre grandezas. No pesa nada y te hará levitar; la finitud de sus bordes abrirá el infinito a tus sentidos y, lo que es más valioso aún, tu familia y tus antepasados y quizá tus descendientes se verán enhebrados y sostenidos por él. Toma, te regalo el alfabeto.

La cajita de madera de cerezo medía —y mide aún— diez centímetros de largo, cinco de alto y siete de profundidad. En su

interior, el padre de Yoshúa, Jacob, había depositado una cinta de seda cruda de tres centímetros de ancho en la que estaban bordadas las veintidós letras hebreas más las cuatro finales. Algunas hojas de mirto secas, semillas de cidro, un trozo de palmera y una ramita de sauce —restos de las cuatro especies sagradas de Sucot—, habían impregnado las letras con el apócrifo perfume de las fiestas íntimas.

Cuarenta años después del día del regalo Yoshúa subía con lágrimas en los ojos la cuesta que conducía al instituto Yad Vashem de Jerusalem, Memorial del Holocausto, Templo al Dolor y la Resurrección, llevando consigo la cajita de madera de cerezo con las letras, su herencia más preciada. La entregó con un susurro de voz, emocionado, devolviéndolas a su lugar de origen, al sitio del que habían salido dos mil años antes. Yoshúa subía la colina mientras pensaba en todo lo que a lo largo de los años le había ofrecido la herencia de su padre, cuánto consuelo, cuántas alegrías y gratas sorpresas. Esa misma noche, antes de ordenar su mesa de trabajo, el secretario del instituto abrió la caja liberando una fragancia de huerto dormido que, a su vez, revelaba, entre los dobleces y junturas de la cinta de seda y según un orden tan riguroso como inexplicable, las palabras hebreas *Arbol de Vida, etz ha-jaim*.



En un Día del Perdón

David Hardan

UNA vez, en ocasión de un Día del Perdón, mi familia se dividió. Mi hijo nos informó con evidente solemnidad que todos los chicos de su clase habían decidido ayunar hasta el mediodía (por algún motivo, este descendiente mío se veía atraído justamente por el tipo de cuestiones que mi padre no había logrado hacer penetrar en mi alma a pesar de todos sus esfuerzos y reproches). Mi hija, que ya había mostrado una tendencia destacada al escepticismo, nos informó que su intención

era sólo examinarse a sí misma y ver si era capaz de contenerse y no comer ni beber durante veinticuatro horas. También mi mujer, debido a su identificación con la madre, se proponía ayunar. Y así fue como me quedé solo, solitario y abandonado, un extraño dentro de una casa donde todos, por distintos motivos, se habían negado a comer conmigo.

Dadas estas circunstancias, salí a pasear por las calles de mi ciudad y mi sorpresa fue grande pues ésta era la primera vez que

*Oriundo de Montevideo, se radicó en Israel en 1948 donde vivió en el Kibutz Mefalsim. Reside en Jerusalem desde 1966. Ensayista y narrador en hebreo. Su libro de relatos más reciente es **De Montevideo a Jerusalem** (1996). Es traductor y editor en español de pensadores israelíes contemporáneos.*



yo caminaba en un Día del Perdón por las calles de una ciudad en Israel. Hasta entonces no había conocido sino el aspecto del Día del Perdón en el extranjero, entre no-judíos, así como su aspecto en un kibutz de librepensadores de mi misma especie. Y no me había podido imaginar la posibilidad de una unidad tan completa entre tantos judíos, como se evidenciaba entre los habitantes de la ciudad a la que mi destino me había traído después de abandonar el mundo de la igualdad. Pero era un hecho: las calles estaban desiertas, las atravesé a lo largo y a lo ancho y delante de mí no vi cruzar ni siquiera un solo vehículo. Todo estaba cerrado y no se veía en el horizonte ni una sola alma laica. Sólo encontré en mi camino a jóvenes religiosos que caminaban lentamente de una sinagoga a otra y los seguí un tiempo. La partícula de desconfianza que todavía bullía en mi cerebro también se vio completamente desmentida: comprobé que los moradores de mi ciudad no se habían quedado en sus casas ni se habían ocultado de los ojos del prójimo, sino que habían ido a apretujarse en forma masiva en las sinagogas.

Regresé a mi calle y comprobé que también mis vecinos se agrupaban todos en la sinagoga frente a mi casa. Algunos adentro, otros cerca de la entrada y los demás en la esquina. Sobre los hombros de todos se veían los mantos rituales, pero la mayoría

estaban sumergidos en conversaciones vivaces que se desentendían de una manera total de la plegaria elevada en altos tonos por el lituano dueño del kiosco y por el pequeño grupo de sus acompañantes.

Algunos vecinos advirtieron mi presencia y solicitaron mi opinión sobre la eficiencia del cinturón de seguridad en los automóviles; entonces, las olas de silencio que me habían acompañado en mi andar por las calles vacías y casi habían despertado en mi alma un espanto sagrado, se quebraron y despedazaron en mil fragmentos de voces y de ruidos alejados de toda santidad, que devolvieron a mi alma su equilibrio y tranquilidad.

Volví a mi casa, salí al balcón y advertí entonces la sombra de mi suegra, que seguía en el mismo lugar donde la había visto cuando salí de la casa. Me acerqué a la puerta de su cuarto y la vi sentada, con el libro de oraciones sobre su regazo. Su cabeza estaba algo inclinada y sus labios se movían, dejando escuchar una voz muy suave, casi imperceptible. Me dije a mí mismo: en todas las calles de la ciudad reina un silencio desprovisto de santidad; y en los lugares consagrados al culto hay un alboroto que asfixia toda plegaria. Y sólo en este lugar, por sobre la silla modesta en que se sienta mi suegra, el silencio se ha impregnado de santidad y la plegaria es realmente plegaria. 



La guerra por dentro

Nardo Zalko

Mi primer encuentro con Jerusalem data de febrero de 1961. Acababa de llegar al país y corrí a verla. Nevaba. El segundo, unos meses más tarde, de cuando me precipité para ver a Eichmann, que había sido secuestrado en un Buenos Aires donde aún yo vivía, y que ya estaba encerrado en una jaula de vidrio. El tercero, de unas semanas después, cuando Israel festejaba su Bar Mitzvá y, parado al borde de la calle, sobre la avenida King George, observaba pasar el modesto desfile militar con el que se festejaba el acontecimiento en la ciudad partida por el medio. Recuerdo la cabeza de león de Ben Gurión, que abría la parada en un automóvil y sus cabellos blancos al viento. Transcurrieron años. De noche, sobre la terraza de un edificio abandonado que dominaba la puerta de Mandelbaum, esperaba la llegada del amanecer aferrado a la ametralladora para, ya liberado de la tensión desatada por las tinieblas, hacer un gesto amistoso al legionario que, sobre una casa similar del otro lado del pasaje este-oeste de la ciudad, también había vivido su noche abrazado a su arma.

Estos cuatro encuentros iniciáticos no permitieron imaginar que iba a producirse otro, fundamental, el de la Guerra de los Seis Días. Su descripción se encuentra en mi libro inédito, **Diario de una tierra prometida**, que quizás se publicará alguna vez.

Argentino. Vivió en el kibutz Ein Shemer de 1961 a 1970, fecha en que se radicó en París. En Israel y en la capital francesa fue corresponsal de **Marcha** de Montevideo. Es jefe de Desk del Servicio Latinoamericano de la Agencia France Presse. Publicó en Buenos Aires la novela **Crepúsculo en La Habana** (1994).



Día 30 de mayo: Esta espera nos asesina prematuramente y sin embargo nos aferramos a ella porque mientras tanto ha surgido la esperanza. Tal vez no ocurra nada: parece que los diplomáticos están trabajando horas extra.

Cuesta escribir bajo las nubes de minúsculos mosquitos, invisibles casi, que se introducen por los orificios de la nariz, por la boca, en los oídos. Cuesta escribir bajo el calor espeso, en la incertidumbre que por ahora es el único enemigo concreto que enfrentamos. Nadie sabe ya qué es lo que se espera, por qué se espera y hasta cuándo.

Día 2 de junio: Aún nada. Una semana ya que nuestros cuerpos y nuestras almas se van deshidratando paulatinamente.

Día 4: ¿Por fin? Son las tres de la mañana, y hace algunas horas hemos abandonado el naranjal. La suerte está echada, a más tardar antes del fin de esta jornada sabremos a qué atenernos, y estaremos en posesión de los más mínimos detalles. Al escuchar la orden, que llegó rápida y cortante cuando estábamos llenando nuestros tarros de metal con el té de la cena, nadie atinó a pensar en voz alta sobre el significado de esta nueva época que comienza: movidos por un resorte misterioso, nos lanzamos en la noche a una actividad febril, sin interrogaciones, aceptando tranquilamente la evidencia de este despertar. Después, cuando cada uno completó su equipo, se llenó de municiones, de granadas de mano y de aflicción, nos sentamos en el suelo aún tibio esperando los vehículos que de un momento a otro tenían que llegar.

Ahora, agotados, nos hemos tirado sobre la tierra y tratamos de dormir. Algunos, con los ojos enormemente abiertos, clavan sus miradas en el cielo con tal ansiedad que sus pupilas brillan como si estuviesen encendidas. Otros ya duermen profundamente, otros fuman, también de cara al cielo todavía estrellado.

Día 5: Nos sacude el latigazo de una sirena. Abrimos los ojos espantados, nos ponemos de pie. Hasta donde llega la mirada, cientos de cuerpos sembrados en un campo abandonado y liso que poco a poco se van levantando del suelo, descubriendo un sol ya alto y una mañana serena. De pronto algunos aviones pasan rozando la tierra, anulando nuestros pánicos con algunos signos amistosos que hacen con sus alas. Restregando los ojos, por fin hemos comprendido: nos reservan para un poco más tarde, pero la catástrofe –¿dónde?– ya ha comenzado. En esta mañana plena de sol.

Corren ahora las órdenes, tranquilas, a media voz. Indicaciones más bien, consejos, sugerencias. El detalle que quizás nos salvará no debe ser olvidado, el equipo debe estar a punto. Las radios portátiles resuenan entre los grupos que se mueven lentamente, que arrastran cajas de balas, que se ajustan mutuamente correas y cinturones. Una sinfonía fantástica que disipa poco a poco el vapor de la incredulidad.

Esta noche morirán muchos de los que ahora, en estos mismos momentos, se preparan para el asalto, escriben cartas, las últimas cartas, limpian sus armas, charlan con un amigo, escuchan las últimas noticias, o simplemente se han sentado en el suelo con los ojos perdidos en el horizonte. Esta noche tal vez también yo muera, y la idea se presenta con una naturalidad



sorprendente. ¿Pero cómo, en esta mañana preñada de luz, desentrañar el misterio?

En algún lugar de esta tierra, en la madrugada de este mismo día, ha comenzado la guerra. En el segundo en que clavo sobre el papel el lápiz con que escribo, diez, cien o mil hombres mueren a la vez. Tan cercanos y tan lejanos de estos campos suaves donde nos hemos instalado esperando nuestro turno y disfrutando todavía de algunas horas más de vida. En efecto, esta noche, esta misma noche.

Un amigo del kibutz, que pertenece a otra compañía, viene a despedirse. Me da la mano, dice "hasta pronto," sonríe. No puedo responder otra cosa que "quizás."

Nos llama para el estudio definitivo del nuevo plan de combate. Sorpresa: anulan el salto en paracaídas sobre las arenas del Sinaí. El comandante señala con una rama un mapa clavado en un árbol. "Quizás" encontrarán esta libreta manchada con mi propia sangre en el lugar señalado ahora sobre el mapa. Quizás nunca más vuelva a escribir. Dentro de unos minutos partimos hacia Jerusalem y de allí, quién sabe adónde.

Resoplando, los autobuses que otra vez nos transportan penetran en estas calles que siempre conocí encerradas en una modorra secular, y pasan frente al café desde el cual un día, feliz y libre, miré cómo la gente se detenía o avanzaba al compás de las luces del semáforo. Pero ahora estas calles están sepultadas por un contrapunto de ruidos espantosos y es difícil reconocerlas entre las sombras, quebradas cada tanto por los fogonazos y por los silbidos de los obuses que pasan luminosos sobre los techos bajos y estallan en algún lugar detrás de nosotros. Un intercambio a

distancia, por el momento, un ablande mutuo que prepara para la próxima y temida fantasía convertida en realidad. Desde ya, dentro de los autobuses cargados de hombres y de municiones y de máquinas infernales, podemos imaginar los horrores que sentiremos frente a la posibilidad de vemos despedazados en un instante y sin aviso previo. Aun ahora, algunos camaradas duermen, indiferentes al peligro, y sus cabezas caen sobre los hombros de sus vecinos.

Día 6: Junto a los autobuses cansados, en una plaza irreconocible, esperamos nuestro momento, que llegará muy pronto. Algunos vecinos, veteranos quizás de otras guerras, salen de sus refugios con unas bandejas y nos ofrecen una taza de café. Más allá, esfumándose dentro de una callejuela, una fila oscura de soldaditos de papel se pierde tragada por la niebla, el humo y el ruido de las explosiones. Un nuevo silbido llega escalofriante y aborta en un estallido ronco.

Con cada explosión, con cada oleada de miedo, interrogando con la mirada, tratando de penetrar la oscuridad, a mis amigos tirados por el suelo, a estos hombres que ahora son mis hermanos, para siempre, y que se aprietan contra el asfalto de la calle. Pero no, la tormenta ya está desatada, desatada desde hace mucho tiempo y ya nadie puede detenerla, no hay que soñar, ni siquiera en esta ciudad.

Miro el reloj: ¿Son las dos o las tres de la mañana? La noche sigue pesando con toda su desnudez. De pronto, una voz, y lentamente los condenados a la muerte o a la gloria dejan de esperar, recogen sus armas y comienzan a moverse, aproximándose

sigilosamente al punto de lanzamiento hacia el fin de las historias. Intento adivinar sobre los rostros oscuros las marcas de la muerte o de la vida, descubrir ahora quién estará aún vivo cuando el sol aparezca dentro de dos o tres horas. Pienso de golpe en los que están del otro lado de la línea de demarcación, en sus temores, en la sorpresa mortal que se desmoronará sobre ellos dentro de unos minutos, apenas demos el asalto. ¿Pero qué hay allí enfrente, a unas centenas de metros, detrás de esa estrecha tierra de nadie? Imposible imaginar rostros o formas definidas, sólo vemos allá negros laberintos de interrogaciones y de horrores. Este horror que debe ser tan violento, en estos instantes, sobre toda esta ciudad que se lamenta, tan común a estos seres que se agazapan en las tinieblas, de un lado y del otro, bajo la tierra, entre las callejuelas, en las trincheras, bajo los autobuses, en los sótanos, en los techos de las casas, en los refugios.

Un largo silencio, y de golpe la tierra estalla en un solo movimiento, como si todos los elementos se desatasen al unísono, liberados de los tubos de acero por manos temblorosas. El asalto se abre como una flor carnívora, salta impaciente rompiendo la cáscara de un huevo empollado largamente. El combate se ahoga en un estrépito que nos hace perder para siempre en la bruma de la irrealdad. Relámpagos de recuerdos, trozos marchitos de intimidad pegan como latigazos y se confunden con el torbellino exterior. Salpican ahora las esquirlas del olvido, y queda solamente lo que es sangre y fuego.

Los morteros que pretende hacemos trizas como si no fuésemos más que un montón de miembros ya putrefactos dibujan un fantástico telón de acero que nadie osaría tratar de quebrar con

su cuerpo. Pero los que aquí emergen del humo y entre las balas incandescentes que trazan siniestras líneas rojas, no parecen ser hombres de carne y hueso sino figuritas convencidas de su invulnerabilidad, apocalípticas imágenes verdes y grises que se hunden de cabeza dentro del fuego y avanzan y avanzan, sin reparar en los pedazos de hierro candente que vuelan por el aire.

A nuestro lado caen los primeros, derrumbándose solitarios y mudos en medio de nuestro espanto. Opereta armada con cuerpos destrozados, con gritos de dolor, con llamados a la lucha, con voces que empuja la histeria, con miedos que se funden en el fondo absoluto de las detonaciones. Un nombre de mujer sale de la boca de un moribundo y apenas se destaca, por un segundo, repercutiendo contra el caos total, contra la pérdida de todo conocimiento.

Las calles se han encendido, el acero rebota contra las paredes de piedra y cruza el aire barriendo con todo lo que le hace frente. Un trozo de hierro traspasa el casco de Beny y hace estallar su cabeza. Sin un grito, sin palabras. Cuerpos desarticulados, miembros volando raudamente en el aire de la ciudad santa, volcanes que nos persiguen en todos los refugios, palabras amigas en un momento de repliegue, sangre familiar, humo y sangre. ¿Cómo será el pasaje de la vida a la muerte? ¿En qué momento vendrá? ¿Seguiré viendo, desde allá, el latido de la vida de los que quedan vivos? ¿Quién tiene la culpa de esta catástrofe? ¿Cuándo terminará esta carrera, por qué no ahora mismo, detrás de esta muralla de piedra tallada? Un nuevo obús se estrella contra la pared de una casa y un ciclón nos arroja lejos, lejos, ilesos sin embargo.

Un amanecer teñido de rojo vivo se alza poco a poco sobre seres atareados en matarse. Encendido como nunca, por la acción

conjunta del sol que pugna por salir y por el fuego escupido por los hombres, el cielo cambia de color, sangra, se retuerce dejando pasar el día como si éste fuera un simple amanecer en una mañana cualquiera, como si nada estuviese ocurriendo en esta tierra que la luz ahora trata de invadir, como si no estuviesen muriendo al compás de la aurora cientos de hombres, destrozándose cuerpo a cuerpo en una combinación sincronizada de acero, de fuego, de sudor de sangre y de sol naciente. Los objetos emergen del humo y de la niebla que se mezclan a ras del suelo. El contorno de las casas de piedra se precisa desolado, las cimas de las colinas bombardeadas están envueltas por una bruma ocre y gris.

Día 8: La locura continúa imperturbable durante toda una noche, durante todo un día, durante toda otra noche. Los amaneceres volcánicos se repiten y a través de ellos el alud sigue adelante, siempre adelante. Nos detenemos por un instante y vemos que hemos quedado, a esta altura de las cosas, menos de la mitad de los que éramos al principio. Nos detenemos, por un segundo, y tomamos conciencia de que ya nos hemos familiarizado con la muerte, que nos hemos acostumbrado ya a abatir hombres, a correr en medio del fuego, a vivir perfectamente de acuerdo con un terror profundo y constante y con ese temblor matabísico tan insoportable al principio. Ya nos hemos acostumbrado, también, a ver la vida del amigo ayer sonriente a la espera un reencuentro o una palabra, irse ahora por entre los dedos que infructuosamente tratan de cerrar una herida. El cuadro de un cuerpo carbonizado ya no nos sorprende y el hedor que comienza a ganar el campo de batalla recalentado y pleno de vapores y de moscas, apenas nos molesta.

Un instante de calma en el que procuramos desesperadamente dormir, dormir lejos del peligro y de la muerte, y quizás así despertamos después, mucho más tarde, cuando la tempestad haya pasado, y descubrir que todo este apocalipsis no fue más que un mal sueño. Porque de todo lo que aquí estamos haciendo, de todo este sufrimiento y de todo este sacrificio inconmensurable, debe salir algo, una revelación, una enseñanza, una experiencia imborrable que impedirá el nacimiento de un nuevo cataclismo.

Después de otra noche fenomenalmente incendiada; después de otra noche que vuelca sobre nuestros cuerpos sus entrañas reventadas; cuando temblando de dolor y de incredulidad nos refugiarnos en la protección engañosa de una posición conquistada. Después de esta otra noche, cuando dentro de nosotros se agita un mar de rencor, los que por algún designio misterioso han quedado aparentemente intactos más allá de la destrucción del tiempo reciente que ya no se puede medir, descansan ahora, desparramados por el suelo como pétalos muertos. La suciedad, el sudor que se transforma en una capa de barro fino y los labios resquebrajados por las horas de sed y de ferocidad son los únicos testigos de esta lucha sin precedentes, de este zarpaso que restalló en una noche hacia finales de la primavera para sabotear nuestro hasta entonces incuestionable derecho a la existencia.

Más allá de las trincheras conquistadas, que ahora nos protegen, arde un galpón. Con un esfuerzo me levanto y miro por primera vez la ciudad que se extiende a nuestros pies. Casas bajas de piedra tallada, techos chatos rojos y grises, ventanas oscuras que parecen ojos vaciados. La torre de una mezquita rompe la uniformidad del paisaje que allí abajo aparece estratificado, ago-

tado y desierto. Una ciudad en el país de las maravillas, al alcance de un gesto de la mano. Podría ahora arrojar una piedra y ver cómo se deforma la superficie de este lago tranquilo sobre el que se refleja la ciudad herida, otra vez silenciosa, esperando.

Legan algunos camiones que traen relevo, esos hombres que cada vez toman posesión tranquilamente de lo que hemos arrancado con nuestras uñas y dientes, para permitirnos seguir adelante, más adelante aún, hacia algún otro punto indómito o hacia alguna otra colina de la muerte. Los soldados bajan embutidos en sus uniformes limpios y se lanzan inmediatamente en una carrera frenética por recuperar el botín que nuestro desinterés incomprensible ha dejado dentro de las casas acibilladas o en las construcciones que abrigaban un ya inexistente estado mayor. Estupefactos, vemos cómo por las puertas y ventanas reventadas surgen alfombras persas, cubiertos de plata, botellas de licor, un reloj de oro, desapareciendo prontamente en los sacos y bolsillos de estos soldados frescos.

Día 9: Los hombres por fin duermen, acurrucados entre sus armas y bagajes, bajo la noche negra llena de indefinibles sospechas. La muerte puede llegar otra vez sobre esta colina fresca, que yo ahora guardo protegiendo, a mi turno, el sueño de combatientes agotados que ya nada quieren saber de otras guerras o de otros combates.

Las sombras se agitan y me aferro al fusil que aparece como única tabla de salvación. Un pájaro nocturno –otro sobreviviente– pega un grito lamentable y se esfuma en la oscuridad. Del valle que se abre a nuestros pies se eleva una niebla espesa que trato de horadar con mirada impotente.

Una brisa fresca hace zumbir los pinos de la colina. Del fondo del valle, mezcladas a la niebla, suben ahora las sombras de los muertos, se despegan de la tierra y avanzan. Un sollozo rompe el aire, rebotando contra las piedras invisibles de la montaña.

¿Habrá terminado ya esta guerra? Al atardecer, agazapado detrás de la ventana de un hotel, un francotirador se llevó aún una vida. Inmediatamente después fue él quien abandonó nuestro mundo, haciendo una pirueta fantástica, volando durante unos segundos y estrellándose a nuestro lado.

Día 10: Detenemos el coche para llenar con agua la calabaza que una beduina cubierta de negro y sin edad nos ofrece con un gesto callado, mientras aprieta contra ella, con la otra mano, a un niño indiferente a todo lo que ocurre alrededor. Sobre los techos de las casas, atados en algunos palos puestos a la apurada, flaquean trozos de trapos blancos, esperanzados banderines. Algunas familias, en fila india, aún se arrastran sobre la carretera, sin meta aparente, inclinados bajo enormes fardos, cajones y bolsas. Jóvenes, niños, viejos, hombres y mujeres, todavía aterrados por el infierno que descendió de los cielos. Una tierra reseca, condenada eternamente, requemada y gris bajo los rayos del sol implacable, tierra cubierta ahora por un olor putrefacto, cajas de tomates desparramados reventando bajo el calor y automóviles aplastados por algún tanque enceguedido.

El polvo del camino nos convierte en fantasmas grotescos y las gotas de transpiración trazan líneas sucias en las caras.

Pasado mañana nos envían de vuelta a casa. Los que quedamos, pasado mañana volvemos a casa.



El discípulo de los asesinos

43

José Luis Najenson

I
Estaba sentado en un banco de la pequeña plaza, frente a la escuela, mirando el cielo de Jerusalem, o, más probablemente, el rostro del guardián apostado entre las puertas. Era muy joven, traía un solideo ladeado sobre el cabello motoso y una mochila que había sido blanca colgada de su brazo.

Los pocos niños que habían llegado temprano se perdían por los caminitos de piedra o pateaban desganadamente una pelota, esperando a sus reales adversarios. Un par de maestras, con nalgas enormes y perfectas, se apresuraba hacia sus aulas. No muy lejos, las murallas hervían de mercaderes, turistas atolondrados y promesas mesiánicas.

En la cúbica escuela de barrio, todo transcurría como de costumbre; el director llegó a las 7:45, y saludando al papá de turno a cargo de la guardia civil, le preguntó si había hecho la ronda por los patios. Luego se internó en la penumbra del interior semivacío, que pronto sería inundado por un millar de voces. En el

jardín de entrada, alfombrado de césped perenne, ya se estaban formando los verdaderos equipos de contendores. Disputarían el breve pero intenso partido de fútbol que solían jugar durante esos quince minutos previos al comienzo de clases. El aire quebradizo de la primavera caracoleaba entre los rizos rebeldes levantando, más lejos, alguna que otra falda desprevenida.

El niño persa llegó agitado por una larga carrera y el peso de su mochila, arrojándola en el lugar previsto para que fungiera como poste de arco; a pocos pasos, una desordenada hilera de camperas multicolores señalaba el límite convenido para la cancha. En ese momento, el joven se levantó del banco acercándose al recién llegado y le rodeó los hombros con ademán protector.

—“¡Tenemos que ganar!” —le dijo en persa, y descargó su mochila para fijar el otro poste de la valla; luego, acomodándose las ropas, se colocó en el centro de la meta dispuesto a defenderla de los inminentes ataques. Ambas mochilas eran casi idénticas, ajadas por el uso y repletas hasta el tope, habían adquirido ese color ceniciento que sólo otorga el tiempo.



El niño lo miró con admiración, era su nuevo "amigo grande" que le hablaba en su lengua materna y compartía su pasión por el fútbol. Lo había conocido un par de semanas atrás, en ese mismo sitio, a raíz de la similitud de sus mochilas; y él había sugerido a los compañeros del curso, que peloteaban todos los días espontáneamente, un novedoso sistema de juego: Como no había lugar suficiente para dos vallas opuestas, ambos equipos se turnaban en la ofensiva y defensa de un mismo arco, siete minutos cada uno, declarándose vencedor al que metía más goles. De este modo, lograron interesar a los alumnos de otro curso, añadiendo al juego el encanto de la competencia. Como ningún niño quería el puesto de guardavallas, él se había ofrecido para atajar, imparcialmente, los tiros al arco de los dos rivales. Siendo, además, el mayor de todos (el resto bordeaba los trece años y él parecía de quince o dieciséis), oficiaba también como árbitro de los partidos. Y en verdad lo hacía correctamente, sin discriminación alguna, aunque había expresado de antemano su adhesión al cuadro del niño persa. Por añadidura, atajaba con bastante eficacia, no escatimando esfuerzos para impedir los goles, fuera quien fuese el atacante. Pero como el día anterior había ganado el otro equipo, arengó al del niño persa, antes de comenzar, con encendidas palabras, en un hebreo casi perfecto.

A las 7:52, con el cambio de turno, no había habido goles todavía; especialmente este día... trataría de que no se produjeran, que la pelota ni siquiera tocara los improvisados postes. Porque en una de las mochilas gemelas, bien forrada con lona impermeable, el hijo de puta había puesto una carga explosiva capaz de destruir a todo el colegio, en un solo instante.

II

7:55, aún sin goles; le pareció que el guardia lo miraba. "Carajo, qué tiro. La derecha, debo cuidar la mochila de la derecha". Alcanzó a desviar el potente pelotazo a un lado de la valla. "¡Por un pelo!". Algo había aprendido durante aquellos dos años en Cuba. Y no sólo fútbol. "¿Por qué me mira el guardia, por qué no se va a la mierda? La derecha, cuidado con la derecha".

Su plan era impecable, lo había madurado una semana entera. Se le ocurrió después del encuentro fortuito con el niño persa, a quien escuchara farfullar unas palabras en su idioma. La meta estaba fijada desde mucho antes por el *Viejo de la Montaña*: "niños, centenares, un millar de niños, todos a muerte".

Pero la forma quedaba a su criterio. Y el riesgo. No de su propia vida, que estaba ofrendada, sino del fracaso, lo impensable. "¿Imprevisible?, no hay tal", había dicho el Viejo, allá en el paraíso escondido cerca de Nisapur. "Ya falta poco, muy poco. ¿Por qué cresta no deja de mirarme aquel judío comemierda?".

7:57 "Dentro de dos minutos terminará el juego, y ese pequeño descastado que se cree mi amigo entrará al aula con su ofrenda mortal: 'La mochila de Troya'. Obsequio del Viejo de la Montaña, diamante del Islam. *Inshalla*".

El guardián estaba apostado en la entrada ("¿llevaría armas"?). La mayoría de los niños ya estaba adentro y el calor perlabla la frente de los improvisados jugadores. "No podía distraerse, la derecha, la derecha... ¡ah! si lo viera ahora el Viejo de la Monta". El pelotazo le pegó en el rostro, entre las cejas, presionando sobre la silla turca del esfenoides. Había evitado el gol,

pero quedó un momento atontado por la fuerza del golpe. "No pasó nada, aguantarse. ¡Judihuelos de mierda! Ya las pagarán todas. ¿Por qué no estaría aquí el Viejo de la Montaña?"

7:59 "¡Terminó el partido!", gritó el hijo de puta mientras silbaba estridentemente, al estilo de los cazadores de torcazas, allá en las orillas del Yaxartes. "¿Cuánto tiempo había pasado desde entonces? Esa especie de paz, que no volvería a conocer. Sobrealimentar primero a las palomas, dejarlas comer hasta el hartazgo, hasta que pierdan el miedo al sitio-trampa y a los cazadores furtivos. Y luego... Pero nunca lo habría cambiado por la brevedad intensa de los días con el Viejo de la Montaña, por la entrega infinita, la dulzura de una promesa ya hecha para siempre". Los pequeños futbolistas se abalanzaban sobre sus ropas y útiles, en el casi imposible intento de llegar a las aulas en un minuto exacto. El niño persa marchó con su mochila colgando del hombro izquierdo, agobiado, no sin antes acercársele gozosamente para exclamar ¡Victoria, esta vez les ganamos! Y aceptó su apretón de manos como un gesto implícito.

"Hasta mañana", le respondió confiado el hijo de puta, "habrá revancha". Y arrastró la mochila gemela hasta el banco más alejado del parque, para esperar el desenlace de lo inevitable.

III

8:00 Debía esperar otros cinco minutos y el delicado ingenio explotaría puntualmente. "Así lo quería el Viejo de la Montaña. Carne joven, preciada ofrenda de sacrificio. Golpear donde más les duela". Con ello se aceleraba el paraíso, que había

entrevisto en Nisapur. El Viejo poseía la llave de los secretos de la vida y la muerte. Aquella montaña era una puerta al más allá. La misma montaña de los asesinos, de los *aschís-sin*, que contaba Omar K. ¿Sería el mismo Viejo, ya inmortal? Le habían dejado atisbar, incluso probar, la imposible plenitud de aquella vida ulterior, la verdadera vida. Lo que merece un guerrero del Islam: huríes, visiones incontables, siempre hermosas, dolorosamente reales; fumar, beber, amar, engullir extraños manjares, ver colores que no existen, todo al mismo tiempo, sin pausa. Atragantarse de placer hasta reventar, como aquella paloma alcanzada por la piedra. Después el silencio, la delicia de obedecer, esperando una nueva ronda. Uno, dos, cien, mil, baldes sin fondo. Desagotar la alberca brillante por otras lunas, con el rostro del mismo Viejo de la Montaña, repitiéndose infinitamente en las aristas del agua".

8:05 "¿Por qué no pasaba nada? ¿Acaso había intervenido, como solía decir el Viejo, el ángel que guarda a los judíos?"

"¡Maldición!, ese gol atajado con el golpe; la derecha, cuidado con la derecha...". Un cielo ennegrido en pleno día, en pleno mayo. El viejo rostro del Ayatolla, miríadas de veces adorado en lugar de Alá, el de Bendito Nombre, se le cruzó en el último instante. El eco de la explosión hizo trizas los vidrios de las ventanas. Los niños corrían en tropel hacia ninguna parte; sus maestros no les dejaron atravesar las puertas. El guardia se acercó al banco entre columnas de humo y fuego: sólo polvo. Algunas esquivas habían chamuscado apenas el césped de la cancha.

